

## V

Para finalizar estas notas sobre la *Revista Contemporánea* y su entorno cultural debe hacerse una necesaria mención de la importante tarea que para la difusión del naturalismo en España realiza en las páginas de la revista de Perojo el crítico Charles Bigot.

Bigot se refiere por vez primera a Zola en su habitual crónica rotulada «Correspondencia de París» con motivo de la reseña de *Son Excellence Eugène Rougon* (30-IV-1876). Durante el año 1877 da cuenta en sendas crónicas de alguna de las características de *L'Asommoir* de Zola, *La fille Elisa* de los Goncourt y *Le Nabab* de Daudet. Ya en el año 1879 escribe:

Ya sabéis que el naturalismo es la divisa de M. Zola. El naturalismo tiene la pretensión de ser en 1879 lo que fue en 1830 el romanticismo<sup>52</sup>,

para añadir, con evidentes reservas frente a las doctrinas del autor de *Naná*:

La afición a las cloacas y a los albañales no durará seguramente, y el día menos pensado ni aun los más entusiastas se prestarán a oír hablar de semejantes cosas<sup>53</sup>.

Un mes después, su habitual «Correspondencia de París» contenía un velado ataque a la omnipresencia de Zola y sus manifiestos:

M. Zola continúa lanzando manifiestos, yo creo que va lanzando ya demasiados. El público se cansa de todo, y no quiere que una sola persona pretenda que todo el mundo se ocupe de ella incesantemente. El último manifiesto de M. Zola tenía el siguiente título: *Les Lettres et la république*. El autor desenvuelve esta tesis: la república será naturalista o dejará de existir, es decir, se aceptará el evangelio literario de M. Zola por toda la nación, o perecerá la república. Nadie ha podido comprender bien el enlace de las dos proposiciones, ni aun después de la demostración del autor. Todos han opinado que predicaba excesivamente en favor de su santo, y el público se ha limitado a dejar escapar una sonrisa. M. Zola quiere erigirse en pontífice<sup>54</sup>.

En el verano de 1879 la habitual sección de Bigot analiza la serie de los *Rougon-Macquart* en su conjunto. Con acierto la vincula a la obra de Balzac, y con acierto también (no olvidemos que, como declara explícitamente en el artículo, pretende dar a conocer a Zola) señala una de las claves de la estética naturalista a la par que en un último inciso recomienda prevención de las mujeres ante su lectura:

Aseméjase la novela a una vasta clínica de hospital, en que el novelista, pareciéndose a un profesor, disecciona los cadáveres con el escalpelo en la mano, y hace ver, por medio de la autopsia, las lesiones orgánicas que han ocasionado la muerte de cada enfermo. Si he de deciros toda mi opinión, creo que hay algo de brutal en esta manera de comprender la literatura, y no acierto a entender lo que gana el arte con esta sustitución sistemática de los análisis morales que nuestros padres hacían, por esas disecciones fisiológicas. Estoy muy lejos, por otra parte, de convencerme siempre. Admito que el hombre es un ser uno, y que lo físico obra incesantemente sobre lo moral, pero me inspira una gran desconfianza la fisiología de los literatos, y observo que

relaciones del positivismo con la izquierda filomarxista debe verse E. Fernández: *Marxismo y positivismo en el socialismo español. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1981, cap. I.*

<sup>52</sup> C. Bigot: «Correspondencia de París». *Revista Contemporánea* (30-IV-1879).

<sup>53</sup> C. Bigot: «Correspondencia de París». *Revista Contemporánea* (30-IV-1879).

<sup>54</sup> C. Bigot: «Correspondencia de París». *Revista Contemporánea* (30-V-1879).

los médicos han estudiado más directamente la máquina humana, se muestran en esta materia mucho más circunspectos y reservados, bajo el punto de vista de las conclusiones, que nuestros modernos novelistas. Después de todo, la novela fisiológica está en moda actualmente, y es preciso sacar la conclusión de que responde a una de las curiosidades, a una de las exigencias de la hora presente. Mr. Zola es uno de los maestros de este género, y nunca se distinguió tanto como en *Son Excellence Eugène Rougon*. El tiempo, que es un buen juez de las cosas humanas, se encargará, sin duda, de poner de relieve las exageraciones de ese sistema. No aconsejo a las mujeres delicadas que lean sus novelas, porque, tal vez, les repugnarían y les ofenderían, al menos; los lectores que no son tan susceptibles, las leerán con interés y quizá con provecho<sup>55</sup>.

A la luz de todo lo apuntado creo que queda suficientemente establecido el papel estelar que la revista de Perojo cumplió mientras el intelectual cubano se ocupó de su dirección. Por ella se canaliza la presencia en España de las corrientes neokantianas, positivistas y darwinistas del pensamiento europeo; a través de ella se asienta en la cultura española el realismo que destapase Galdós, a la vez que Bigot informa puntualmente del ideario naturalista; por último, la *Revista Contemporánea* sirve de plataforma del europeísmo de Perojo y Revilla en su querrela con el joven y potente —también desahogado— talento de Menéndez Pelayo, en lo que constituye el episodio más relevante de la llamada «polémica de la ciencia española». Caminos todos que deben ser recorridos para entender la génesis de la España contemporánea y entender en su complejidad la historia del pensamiento español del último tercio del siglo pasado.

**Adolfo Sotelo Vázquez**

<sup>55</sup> C. Bigot: «Correspondencia de París». *Revista Contemporánea* (30-VII-1879). Aunque, primero W. Pattison (*El Naturalismo español: Historia externa de un movimiento literario*. Madrid, Gredos, 1969) y luego N. Clemessy (Emilia Pardo Bazán como novelista. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1981. 2 tomos), han mencionado la labor de Bigot, creo que su estudio más detenido va resultando imprescindible para el buen conocimiento de los años finales de la década de los setenta.



(Foto de Pedro Luis Raota)